

Mírame bien

Mírame bien

Memorias

Anjelica Huston

Traducción de
Teresa Arijón

Lumen

memorias y biografías

Título original: *A Story Lately Told / Watch me*
Primera edición: septiembre de 2015

© 2013, 2014, Anjelica Huston
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2015, Teresa Beatriz Arijón, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 978-84-264-2242-2
Depósito legal: B-15.773-2015

Compuesto en M. I. maqueta, S. C. P.
Impreso en Egedsa (Sabadell)

H 4 2 2 4 2 2

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Una historia aún no contada

Para mamá y papá

Una es tristeza
Dos, alegría
Tres, boda
Cuatro, un varón
Cinco, plata
Seis, oro
Siete, una historia aún no contada.

Canción infantil tradicional
sobre las urracas

Prólogo

Cuando yo era niña, había un altar en el dormitorio de mi madre. El armario empotrado tenía espejos en la parte interior de las dos puertas y una cómoda dentro, más alta que yo, con una hilera de frascos de perfume y objetos pequeños sobre el tablero, y una tela de arpillera clavada a la pared. Prendidos con alfileres a la arpillera, los objetos variopintos que mamá coleccionaba: fotos recortadas de revistas, poemas, bolas perfumadas, una cola de zorro con un lazo rojo, un broche que yo le había comprado en Woolworth's, con la palabra «mamá» en malaquita, una fotografía de Siobhán McKenna como santa Juana. Me fascinaba contemplar sus pertenencias, plantada entre los espejos de las puertas, que me reflejaban hasta el infinito.

Fui una niña solitaria. Mi hermano Tony y yo nunca fuimos compinches, ni de niños ni de adultos, pero estaba muy ligada a él. No nos quedaba más remedio que estar juntos porque debíamos apañárnoslas solos. Aunque sabía que él me quería, siempre me pareció que me tenía un poquito de tirria y que, siendo un año mayor que yo, indefectiblemente debía pelear por lo que era suyo. Vivíamos en medio de la campiña irlandesa, en el condado de Galway, en el oeste de Irlanda, y no frecuentábamos a otros niños. Teníamos profesores particulares y mi vida estaba hecha

sobre todo de fantasías: deseaba ser católica para tomar la sagrada comunión y, vestida con los tutús de mi madre, esperaba que un marido apareciera en el jardín delantero para casarme con él.

También pasaba mucho tiempo delante del espejo del cuarto de baño. Al lado había una pila de libros. Mis preferidos eran *The Death of Manolete* y las historietas de Charles Addams. Yo hacía de Morticia Addams. Me sentía atraída por ella. Me estiraba los ojos hacia los lados para ver cómo quedaría si tuviera los párpados achinados. Me gustaba mucho Sophia Loren. Había visto sus fotos y en aquella época representaba mi ideal de belleza femenina. Y miraba ensimismada las imágenes del gran torero Manolete: con el traje de luces; rezando a la Virgen para que lo protegiera; con el capote bajo el brazo; preparándose para entrar en el ruedo. La solemnidad y el carácter ritual eran palpables en las fotos. Después, las terribles consecuencias: Manolete corneado en la ingle, la sangre negra sobre la arena. Me desconcertaba ver que, si bien era evidente que el toro había ganado la batalla, otra serie de fotos atestiguaba su posterior sacrificio. Me parecía una flagrante injusticia y mi corazón se condolía tanto del toro como de Manolete.

Descubrí que tenía el llanto fácil. Tony empezó a preguntarse si no estaría utilizando esa habilidad en provecho propio. Creo que no le faltaba razón. Pero para mí siempre era un llanto sentido. Muchos creen que mirarse al espejo es una cuestión de puro narcisismo. Los niños contemplan su reflejo para ver quiénes son. Y quieren averiguar qué pueden hacer con él, cuánta plasticidad poseen, si alcanzan a tocarse la nariz con la lengua, qué aspecto tienen cuando se ponen bizcos. Hay muchas cosas que hacer delante del espejo aparte de disfrutar de la percepción de nuestra propia belleza física.

PRIMERA PARTE

Irlanda



Tony Veiller, Anjelica y Mindy, Ricki con Shu-Shu, Seamus, Joan Buck, John Huston y Tony Huston con Moses y Flash. Jardín de la Casa Grande, en St. Clerans, Whitsun, en 1962. (Fotografía de Betty O'Kelly)

1

Nací a las 18.29 del 8 de julio de 1951 en el hospital Cedars of Lebanon de Los Ángeles. Con un peso de ocho libras y trece onzas, era un bebé robusto y saludable. La noticia de mi nacimiento se telegrafió rápidamente a la oficina de correos de la población de Butiaba, en el oeste de Uganda. Dos días después, un mensajero descalzo llegó con un telegrama a las cascadas Murchison, en el río Nilo, en el corazón profundo del Congo Belga, donde se estaba rodando *La reina de África*.

Mi padre, John Marcellus Huston, era un director de cine famoso por su estilo aventurero y su carácter audaz. Aunque se consideraba una temeridad, había embarcado en el peligroso viaje no solo a Katharine Hepburn, una actriz en el cenit de su carrera, sino también a Humphrey Bogart, que llevó consigo a su esposa, la estrella de cine Lauren Bacall, de renombrada belleza. Mi madre, en los últimos meses de embarazo, se había quedado en Los Ángeles con mi hermano Tony, de un año de edad.

Cuando el mensajero le entregó el telegrama, mi padre le echó un vistazo y se lo guardó en el bolsillo. Katie Hepburn exclamó: «Por el amor de Dios, John, ¿qué dice?». Y papá respondió: «Es una niña. Se llama Anjelica».

Papá medía seis pies con dos pulgadas y tenía las piernas larguísimas; era más alto y más fuerte que nadie y poseía la voz más hermosa del mundo. Tenía el cabello entrecano, la nariz rota de boxeador y un aire teatral. No recuerdo haberle visto nunca correr; más bien caminaba sin prisa o daba largas y veloces zancadas. Tenía el andar ágil y desgarbado de los norteamericanos, pero vestía como un caballero inglés: pantalones de pana, camisas almidonadas, corbatas de seda con nudo impecable, chaquetas con coderas de ante, gorras de tweed, elegantes zapatos de piel confeccionados a medida y pijamas de Sulka con sus iniciales bordadas en el bolsillo. Olía a tabaco fresco y a colonia de lima Guerlain. Siempre tenía entre los dedos un cigarrillo: era casi una extensión de su cuerpo. Hablaba con un tono cuidadosamente espontáneo y despreocupado. Sus gustos eran eclécticos. Para trabajar vestía saharianas y pantalones de soldado, como si fuera a la guerra.

En el transcurso de los años he oído decir que mi padre era un donjuán, un bebedor empedernido, un jugador, un machote, más interesado en la caza mayor que en rodar películas. Es cierto que era derrochador y dogmático. Pero era un hombre complejo, autodidacto en gran medida, curioso y muy leído. No solo las mujeres, también los hombres de todas las edades se enamoraban de él, con esa extraña lealtad y paciencia que los varones reservan a sus congéneres. Se sentían atraídos por su sabiduría, su sentido del humor, su poder magnánimo; lo consideraban una celebridad, un líder, el pirata que hubieran deseado tener el coraje de ser. Pese a que muy pocos merecían su atención, gustaba de admirar a otros hombres y sentía un gran respeto por los artistas, los atletas, los diplomados, los muy ricos y los dotados de un gran talento. Sobre

todo amaba a los personajes, a la gente que lo hacía reír y asombrarse ante la vida.

Papá siempre decía que su ambición era ser pintor pero que, sabiendo que jamás sería uno de los grandes, se había hecho director de cine. Nació en Nevada, Missouri, el 5 de agosto de 1906, único hijo de Rhea Gore y Walter Huston. Su familia materna era de ascendencia inglesa y galesa. William Richardson, el abuelo de Rhea, alcanzó el grado de general en la guerra civil, fue fiscal general del estado de Ohio y perdió un brazo en Chancellorsville. La espada de plata que le obsequió su regimiento la heredó mi hermano Tony. La hija de William, Adelia, se casó con un buscavidas, John Gore, que fundó varios periódicos desde Kansas hasta Nueva York. Vaquero, colono, tabernero, juez, jugador profesional y alcohólico empedernido, en cierta ocasión ganó la ciudad de Nevada en una partida de póquer.

Tras el nacimiento de Rhea, en 1881, Adelia comenzó a trabajar como directora de una de las publicaciones de John Gore, pero ya había tomado la decisión de abandonarlo. Rhea, enviada a un colegio de monjas, sufrió una crisis espiritual e hizo un pacto con Dios: le entregaría su vida a cambio de que sus padres siguieran juntos.

Al igual que sus padres, Rhea se sintió atraída por el periodismo en su juventud. Empezó a escribir artículos para los periódicos de San Luis y obtenía entradas gratuitas de los espectáculos y representaciones teatrales que debía reseñar. Cuando se presentó en la ciudad una obra titulada *La señal de la cruz*, fue a los camerinos a entrevistar al protagonista, Wilson Barrett. Se fijó en un hombre con aspecto de anciano actor, pues llevaba una barba poblada y un bastón en la mano, pero que daba la impresión de ser mucho más joven. Unos días después, en Acción de Gracias, Rhea

entró en el vestíbulo de su hotel sintiéndose sola en el mundo y entabló conversación con un joven calzado con pantuflas rojas. Este le dijo que se llamaba Walter y que era actor. Le contó que su madre le había hecho las pantuflas y la invitó a cenar. Rhea escribió más tarde: «De no haber sido por un par de pantuflas rojas de ganchillo, sin duda nada sería lo que es hoy: sus cordones enlazaron mi vida y ataron las fibras de mi corazón con un nudo imposible de deshacer».

Nacido en Toronto en 1884, Walter era el cuarto hijo de Elizabeth McGibbon y Robert Houghston. En la familia, de ascendencia escocesa-irlandesa, predominaban los educadores, los ingenieros y los abogados. La madre de Elizabeth era maestra y el padre de Robert, Alexander, fue uno de los primeros colonos que se establecieron en Ontario. Walter no destacó en los estudios, pero muy pronto se apasionó por los espectáculos de variedades del Shea Theater. Se les alentó a él y a Archie, su primo y mejor amigo, a crear sus propios espectáculos en el sótano de la casa de Walter. Su hermana, Margaret Carrington, fue una cantante de ópera de gran talento y la primera que cantó obras de Debussy en Norteamérica.

Después de probar suerte en varios empleos tradicionales, Walter y Archie juntaron el dinero necesario para matricularse en una escuela de interpretación y más tarde se incorporaron a una compañía teatral itinerante. Aunque rara vez se les pagaba, les fascinó esa vida y decidieron saltar a un furgón de un tren de carga que se dirigía a Nueva York. Tenían diecisiete años y estaban dispuestos a triunfar.

Las constantes audiciones a las que se presentaron en Nueva York pronto dieron sus frutos: ambos consiguieron pequeños pa-

peles en obras de teatro y Walter conoció al actor de reparto William H. Thompson, quien le proporcionó «toda una perspectiva de la interpretación».

Walter se incorporó a la gira de *La señal de la cruz* y, cuando actuaba en San Luis, conoció a «una jovencita rebotante de energía y de interés por el arte», quien no se rió de sus pantuflas. Rhea era una chica menuda —medía cinco pies y cuatro pulgadas—, amazona, fumadora y periodista deportiva. Se casaron en secreto el último día de 1904: hacía solo una semana que se conocían. Rhea llevaba un velo negro y un vestido que le sentaba fatal y que en las fotos trató de disimular con el ramo de novia.

El primer recuerdo de mi padre era el de pasear sobre adoquines sentado delante de su madre en un caballo negro. Rhea amaba los desafíos y, según él, se entendía mejor con los animales que con las personas. Papá tenía seis años cuando Walter y Rhea se separaron. Pasó sus primeros años en internados. Durante las vacaciones escolares viajaba con su padre por el circuito de vodevil e iba con su madre a los hipódromos y estadios de béisbol.

En 1917 le diagnosticaron erróneamente cardiomegalia y la enfermedad de Bright, una afección renal en ocasiones fatal. Rhea lo trasladó al clima desértico de Arizona, donde papá guardó cama durante casi dos años. En esas condiciones, recluido en su habitación, inventaba historias. También empezó a dibujar y a pintar, lo que continuaría haciendo el resto de su vida.

Más tarde un diagnóstico correcto lo liberó del confinamiento domiciliario y se mudó con su madre de Arizona a Los Ángeles, donde se interesó seriamente por el boxeo. Muchos días, al salir de la escuela, cruzaba la ciudad en autobús para asistir a los combates del Olympic Auditorium. Alentado por un amigo que compartía

su entusiasmo por ese deporte, tomó clases de boxeo en un parque de la ciudad y más adelante ganó el campeonato en su peso del instituto de enseñanza secundaria Lincoln Heights y veintitrés combates de un total de veinticinco. Dejó el instituto dos años antes de lo debido con la esperanza de convertirse en púgil profesional, pero su creciente pasión por la escritura, la pintura y el teatro no tardó en llevarlo por otros derroteros.

A los dieciocho años se reunió en Nueva York con Walter, quien entonces trabajaba en Broadway. Ver a su padre en el escenario le proporcionó la mejor formación sobre los aspectos interpretativos y le permitió conseguir unos cuantos pequeños papeles. Aquel invierno le operaron del mastoide y Walter decidió que sería mejor que fuera a recuperarse a un lugar de clima más cálido. Le dio quinientos dólares para que pasara un par de meses en Veracruz, México. Eran los tiempos inmediatamente posteriores a la Revolución y las calles estaban plagadas de mendigos y forajidos.

Papá tomó un tren con rumbo a la Ciudad de México —un viaje que le resultó aún más emocionante por la constante amenaza de emboscadas a manos de bandidos— y se alojó en el hotel Génova, una antigua hacienda. A través de la gerente del hotel, la señora Porter, que tenía un ojo de vidrio y una pierna de palo y usaba peluca, conoció a Hattie Weldon, directora del mejor centro de equitación de la ciudad. Hattie le presentó al coronel José Olimbrada, un militar del ejército mexicano especializado en la doma de caballos. Como papá se estaba quedando sin dinero, Olimbrada le propuso que aceptara un puesto honorario en la caballería y aprovechara para montar los mejores caballos de México. Por aquel entonces papá se relacionaba con un grupo peligroso

y Rhea no tardó en acudir para convencerlo de que regresara a California, con la amenaza de que, si no se plegaba a su voluntad, Walter dejaría de pasarle dinero.

Cuando el cine sonoro irrumpió en Hollywood, Walter Huston triunfó en la gran pantalla. Su primer papel importante fue junto a Gary Cooper en *El virginiano*. Se convirtió en un gran actor de reparto y protagonista y durante los siguientes veinte años actuó en los escenarios y en el cine. Encarnó a Dodsworth en Broadway y protagonizó la adaptación cinematográfica de la obra (*Desengaño*), además de trabajar en películas como *Abraham Lincoln*, *Bajo la lluvia*, *El hombre que vendió su alma* y *Yanqui Dandy*. Poseía una voz hermosa y se hizo famoso con su interpretación de «September Song», del musical *Knickerbocker Holiday*.

Aunque Walter lo ayudó a conseguir trabajo de guionista en dos películas que protagonizó, *La casa de la discordia* y *Un hombre de paz*, los primeros años de papá en Hollywood fueron decepcionantes para él, no solo como guionista sino también en otros aspectos. En 1925 se casó con Dorothy Harvey, una chica a la que había conocido en el instituto, pero el matrimonio duró apenas un año. En 1933 su carrera se interrumpió cuando atropelló y mató a una joven que cruzaba la calle corriendo. Aunque lo absolvieron, quedó traumatizado. Viajó a París y a Londres, donde anduvo dando tumbos, sin blanca, tocando la armónica a cambio de unas monedas en Hyde Park. Después de cinco años en Europa, durante los cuales tuvo tiempo de revisar su vida, volvió a Hollywood decidido a triunfar.

En 1937 se casó con Lesley Black, una inglesa a la que define como «una dama» en su autobiografía, *A libro abierto*. Se divorció

de ella en 1946, cuando contaba cuarenta años, y contrajo terceras nupcias con Evelyn Keyes —la actriz que interpretó el papel de una de las hermanas de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*— durante un viaje improvisado a Las Vegas, después de una cena regada con vodka en Romanoff's.

Cuando en 1947 el Comité de Actividades Antinorteamericanas (HUAC) comenzó sus intimidantes interrogatorios en Hollywood, al principio de la caza de brujas anticomunista, papá y el guionista Philip Dunne crearon el Comité de la Primera Enmienda y, junto con otros artistas de renombre —entre ellos Gene Kelly, Humphrey Bogart, Billy Wilder, Burt Lancaster, Judy Garland y Edward G. Robinson—, compraron espacios en la prensa especializada en la industria cinematográfica para denunciar que las sesiones eran inconstitucionales.

Durante varios años un buen número de inocentes sufrieron tras ser etiquetados de militantes o simpatizantes comunistas, pese a que muchos de ellos, incluido papá, jamás habían pertenecido al partido. Esta experiencia alimentó su interés por vivir y trabajar fuera de Estados Unidos.

En 1947 dirigió a Walter en *El tesoro de Sierra Madre*, por la que obtuvieron sendos Oscar.

Mi madre, Enrica Georgia Soma, era bailarina de ballet antes de que Tony y yo naciéramos. Medía cinco pies con ocho pulgadas y poseía una hermosa constitución. De piel translúcida y melena negra hasta los hombros, peinada con la raya en medio, tenía algo de Madonna renacentista, una expresión sabia y al mismo tiempo ingenua. Tenía la cintura estrecha, caderas anchas y piernas fuertes;

brazos elegantes, muñecas delicadas y bellas manos de dedos largos y finos. Hasta hoy, el rostro de mi madre es el más hermoso que recuerdo: los pómulos salientes y la frente ancha; el arco de las cejas sobre los ojos azul pizarra; la boca serena, los labios curvados en una media sonrisa. Los amigos la llamaban Ricki.

Su padre, Tony Soma, decía ser yogui y era dueño de un restaurante italiano de la calle Cincuenta y dos Oeste de Nueva York, el Tony's Wife, al que acudía todo Broadway, incluidos Nelson Rockefeller, Frank Sinatra y Mario Lanza. El abuelo les enseñaba a cantar. La madre de Ricki, Angelica Fantoni, que había sido cantante de ópera en Milán, murió de neumonía cuando Ricki contaba cuatro años. Su fallecimiento rompió el corazón al abuelo. Con todo, contrajo segundas nupcias con Dorothy Fraser, a quien llamábamos Nana, una mujer agradable, juiciosa y práctica que crió a mi madre bajo un régimen estricto. El abuelo era dictatorial y muy dado a lanzar aforismos como: «¡No existe la inteligencia sin la lengua!» o «¡Espero que compartan conmigo la felicidad de conocerme!». Cuando íbamos a visitarlo, le gustaba que hiciéramos el pino y cantáramos «Oh, qué bella mañana, oh, qué bello día». Y a continuación atacaba unas cuantas arias.

En Tony's Wife se respiraba el ambiente cálido y amable del norte de Italia: madera oscura, alfombras rojas, papel pintado con relieve de terciopelo y fotografías del abuelo con pajarita haciendo el pino junto a varias luminarias de Hollywood. A la derecha, con un blazer celeste, mi tío Nappy preparaba martinis detrás de la barra revestida de espejos, bañado en luz rosada. Al fondo del restaurante estaban las cocinas, que visité unas pocas veces con el abuelo para ver las ollas hirviendo y los filetes chisporroteantes y hombres vestidos de blanco que se gritaban unos a otros entre el vapor.

La familia vivía arriba, en un apartamento que parecía no tener conexión con el restaurante. Era silencioso y oscuro, de suelos enmoquetados e irregulares. En la sala de estar había un piano con partituras que Nana tocaba todas las mañanas para que el abuelo cantara mientras hacía el pino. Él aseguraba que se había casado con ella por su talento como acompañante.

El abuelo tenía además una casa de veraneo en Miller Place, una aldea en la costa norte de Long Island. Reverenciaba los fundamentos de la lengua inglesa y pasaba largas horas estudiando el diccionario en su bañera circular de mosaico azul, en el cuarto de baño situado en la planta superior de la casa de dos pisos, que daba a unos acantilados escarpados y al estrecho de Long Island. Cuando bajábamos corriendo a la playa, notábamos en los talones cómo la arena formaba avalanchas.

Philip era el único hermano carnal de mi madre. El primer hijo de Angelica y Tony, llamado George, murió siendo un bebé. Cuando mi abuelo volvió a casarse, Dorothy tuvo una niña y dos niños: Linda, Nappy y Fraser. Nappy se llamaba así por Napoleón, pues el abuelo afirmaba que por sus venas corría sangre corsa y creía ser descendiente del gran emperador. Vivían todos juntos en el apartamento situado encima del restaurante.

De vez en cuando el abuelo pedía a Ricki que bajara a saludar a los clientes, algunos de los cuales pertenecían al mundo del espectáculo: Tony's Wife había sido un bar clandestino durante un tiempo y continuaba siendo un local favorito de la gente de Hollywood. Una noche entró mi padre y lo recibió una bella muchacha de catorce años, que le dijo que quería ser la mejor bailarina del mundo. Le contó que gastaba las zapatillas de ballet hasta que le sangraban los dedos de los pies. Cuando él le preguntó si asistía

con frecuencia a funciones de ballet, respondió: «Pues no»; lamentablemente no podía. Era difícil, explicó, porque debía escribir un artículo de cuatro páginas para su padre cada vez que iba. Entonces papá le dijo: «Te propongo una cosa. Yo te llevaré al ballet y no tendrás que escribir nada a cambio. ¿Qué te parece?».

Pero papá tuvo que ir a la guerra. Más tarde contaba la historia de una manera muy romántica, diciendo que había proyectado alquilar un carruaje, comprarle un ramillete de flores a Ricki y convertir la salida en un gran acontecimiento. Cuatro años después, durante una cena en casa del productor David Selznick, en Los Ángeles, lo sentaron al lado de una joven hermosa. Papá se volvió hacia ella y le dijo: «No nos han presentado. Mi nombre es John Huston». Y ella respondió: «Oh, si ya nos conocemos. Usted me dejó plantada una vez». Mi madre no había vuelto a verlo desde que tenía catorce años. Tras haber sido alumna de George Balanchine y bailado en Broadway para Jerome Robbins, era la integrante más joven de la mejor compañía de danza del país: el Ballet Theatre, que luego se convertiría en el American Ballet Theatre. Ahora, con dieciocho años, tenía un contrato con David Selznick y su foto había sido portada de la revista *Life* el 9 de junio de 1947. Philippe Halsman había ido a fotografiar a la primera bailarina pero al final había optado por retratar a mi madre. En la doble página central dedicada a ella, se la comparaba con la Mona Lisa: ambas tenían la misma sonrisa misteriosa.